

La fe inicial en el proceso catecumenal

Amadeo Rodríguez Magro

Obispo de Plasencia y miembro de la Subcomisión Episcopal de Catequesis

I. La fe inicial, el punto de partida del camino catecumenal

La fe que brota del anuncio

De todos es sabido que en el Año de la fe, al que hemos sido convocados por el santo padre Benedicto XVI, nuestra experiencia de creyentes ha de ocupar un protagonismo permanente en la vida pastoral de la Iglesia. Se nos llama a «reanimar, purificar, confirmar y confesar la fe» (PF 4). Eso no se puede hacer, en nuestro caso, sin que evoquemos nuestro bautismo y, de ese modo, traigamos a nuestra memoria la primera conciencia de la fe; que naturalmente es posterior al acontecimiento sacramental que nos situó en el umbral de la puerta de la fe. Normalmente evocamos los momentos del despertar, educar y consolidar la fe infantil y juvenil, es decir, el itinerario de iniciación cristiana posbautismal. Sin embargo, en lo que a nosotros nos ocupa pastoralmente, el Catecumenado bautismal de adultos, las cosas suceden en otro orden: en él la fe inicial adquiere un valor decisivo, es el impulso germinal que orienta todo el proceso catecumenal.

Por eso, quien tuvo la idea del tema de mi reflexión situó muy bien el Encuentro del Catecumenado en el Año de la fe: «La fe inicial en el proceso catecumenal». Entiendo que lo que se me ha encomendado es que me sitúe en el punto mismo de partida del camino. La fe inicial es la que se abre en el corazón, que es gracia de Dios, y desde la que se le pide ayuda a la

Iglesia para que la ilumine y fortalezca. Es la fe que sitúa al «simpatizante» en el rito de entrada en el Catecumenado, es la fe, en efecto, que permite iniciar el camino catecumenal: «A vosotros, pues, que habéis seguido su luz, he aquí que ahora se os abre el camino del Evangelio, para que sobre el fundamento de la fe, conozcáis al Dios vivo, que habla en verdad a los hombres; y para que caminéis en la luz de Cristo, confiéis en su sabiduría, y pongáis vuestra vida en sus manos cada día, y podáis creer de todo corazón en él. Este es el camino de la fe, por el cual Cristo os conducirá en la caridad, para que tengáis la vida eterna» (RICA, 76).

La fe que permite continuar en el camino

Mi intervención, por tanto, se sitúa en un acercamiento a lo que puede suceder en lo que el RICA entiende como «la evangelización y el pre-catecumenado» (cf. RICA 9-13). Se trata de un tiempo que, aunque se prevé breve, no tiene límites concretos y en el que todo sucede en la verdad y en la espontaneidad de la evangelización, pues en él aún no se ha concretado ninguna decisión oficial y ritual por parte de la Iglesia. Se trata, pues, del periodo «en el que se “hace” la evangelización, o sea se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por él para salvar a todos los hombres, a fin de que los no cristianos, al disponerles el corazón al Espíritu Santo, crean, se conviertan libremente al Señor, y se unan con sinceridad a él, quien por ser el camino, la verdad y la vida, satisface todas las exigencias espirituales; más aún, las supera infinitamente» (RICA 9).

Hecha esta precisión sobre el ámbito de la fe inicial, y situada ésta en su contexto catecumenal, conviene que entremos ya, en la medida que nos sea posible, en las entrañas mismas de ese primer acto de fe. Pero quiero precisar que no sólo me ocuparé de la fe inicial del convertido, aunque lo que sucede en él, en su corazón, sea lo esencial, sino que también voy a entrar en todo el recorrido de esa fe originaria desde el momento mismo que sale del seno maternal de la Iglesia. «La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alienta nuestra fe [...] el primer sujeto de la fe es la Iglesia» (PF 10).

II. En el clima de la fe de la Iglesia

Intermediarios para un misterio

Se puede decir que la fe inicial es todo el camino que va desde la confesión de fe de la Iglesia hasta la confesión primera de la fe de quien se

ha abierto al primer anuncio. Por eso, lo primero que haré será invitarles a entrar en la casa de la fe, en la Iglesia, en la que creer en comunión se convierte en misión. Es en la mediación de la Iglesia donde el regalo de la fe hace su itinerario hasta el corazón humano y es en la maternidad de la Iglesia donde se contempla con respeto reverencial ese encuentro de amor y de gracia entre la iniciativa divina y la libertad humana que acontece en la fe inicial que abre el proceso catecumenal. Aunque todo suele suceder en la mediación de la Iglesia, la fe es un acontecimiento que nace de una iniciativa que tiene su origen en el corazón mismo de Dios y que germina en el corazón humano.

El *kerygma*, el primer anuncio que suscita la fe inicial, no es más que una mediación misteriosa entre la vida trinitaria y la humanidad. En efecto, el anuncio del *kerygma* es sólo una mediación humana que puede guiar, ayudar o facilitar el encuentro con el Señor. Porque la iniciativa de Dios precede siempre a toda propuesta y a toda respuesta humana, es más, la iniciativa divina ilumina, orienta y guía, respetando siempre la libertad, la acogida del hombre.

«Es siempre Dios quien nos hace entrar en su intimidad, revelándose y donándonos la gracia de poder acoger esta revelación, en la fe. Jamás olvidemos la experiencia de san Agustín: no somos nosotros quienes poseemos la Verdad después de haberla buscado, sino que es la Verdad quien nos busca y nos posee» (BENEDICTO XVI, Audiencia general del 14 de noviembre de 2012).

En fidelidad a Dios y al hombre

Siendo esto así, cuando hablamos de mediación de la Iglesia nos referimos siempre a una colaboración en sentido indirecto e instrumental. La evangelización sólo puede suscitar las condiciones para el encuentro, es decir, acompañar la iniciativa del Señor en el corazón humano. Por eso, al proponer la fe, en cualquier momento del Catecumenado, hemos de tener siempre presentes estas dos cosas: que el diálogo evangelizador no se realiza al margen del diálogo mismo de Dios con el hombre, sino **en su misma órbita**, y también que «se hará siempre en íntima conexión con la naturaleza humana y sus aspiraciones, mostrando cómo satisface plenamente al corazón humano» (DGC 117).

Pues bien, aceptando que se puede colaborar en el nacimiento de la fe, que se puede estar presente en la fe inicial, hemos de concretar todo lo que podamos cómo ha de ser la mediación de la Iglesia. Si somos colaboradores en el germinar de la fe, es obligado que pongamos de relieve algunas

condiciones que favorezcan el primer anuncio, germen eclesial de la propuesta de la fe.

Colaboradores en el nacimiento de la fe

Hay quien ha dicho que la vida ordinaria es el «alfabeto de la evangelización»; por eso, los cristianos al servicio de la fe, del anuncio de la fe, hemos de saber crear un buen clima de **presencia significativa** en medio de la gente. Esto quiere decir que para evangelizar hay que tener sentido de presencia. Hay que compartir gozos y esperanzas, tristezas y angustias (cf. GS 1). Hay que volver al espíritu de Diogneto para poder hacer una pastoral de primer anuncio. «Lo que el alma es al cuerpo eso son los cristianos para el mundo» (Carta a Diogneto).

Por eso, para situarse en el primer anuncio hay que aceptar de corazón los ámbitos fundamentales en torno a los cuales se despliega la existencia humana, con sus aspiraciones, sus interrogantes, sus deseos más profundos, y reconocerlos como lugares de evangelización, de anuncio de la fe, porque en ellos se descubre mejor la centralidad de la persona humana en toda acción pastoral. Como recuerda *Evangelii Nuntiandi* hay que tomar siempre como punto de partida a la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios. «Entre evangelización y promoción humana (desarrollo, liberación) existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede dissociar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico como es el de la caridad: en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre?» (EN 31).

Esa profunda relación de la Iglesia con el hombre y la mujer a los que evangeliza la acaba de poner de relieve el Sínodo para la nueva evangelización: «Como Jesús, en el pozo de Sicar, también la Iglesia siente el deber de sentarse junto a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para hacer presente al Señor en sus vidas, de modo que puedan encontrarlo, porque sólo su Espíritu es el agua que da la vida verdadera y eterna. Sólo Jesús es capaz de leer hasta lo más profundo del corazón y desvelarnos nuestra verdad: “Me ha dicho todo lo que he hecho”, cuenta la mujer a sus vecinos» (Mensaje al Pueblo de Dios tras el Sínodo de Obispos sobre la nueva evangelización, 1).

Testigos de la fe de la Iglesia

Si la presencia es necesaria no lo es menos el testimonio. Para el anuncio de Jesucristo, el camino más adecuado al tiempo presente es **toda forma de testimonio personal y comunitario**: un testimonio humilde y apasionado, radicado en una espiritualidad profunda, que sea espejo de la unidad inseparable entre un mensaje amigo de la inteligencia y un amor que se hace servicio generoso y gratuito. De todos es sabido que el testimonio comunica con las opciones de la vida, mostrando de ese modo que ser discípulo de Cristo no sólo es posible para el hombre, sino que también enriquece su humanidad. Se trata de un testimonio en el que han de converger la vida espiritual, la misión pastoral y la dimensión cultural.

El testimonio es, por tanto, un elemento esencial en la evangelización. «La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio» (EN 21); porque «el testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva» (EN 21). De todos es conocido el valor que *Evangelii Nuntiandi* da a los testigos en la evangelización: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio» (EN 41). En el primer anuncio hemos de mostrar que creemos en lo que anunciamos. Sólo así podremos decir con san Pablo: «Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: **Creí, por eso hablé**, también nosotros creemos y por eso hablamos» (2 Cor 4, 13). Se puede decir que el éxito del *kerygma* en la nueva evangelización dependerá de «la masa» de fe que se consiga crear en la Iglesia de nuestro tiempo (cf. RANIERO CANTALAMESSA, *Como la scia di un vascello*, San Paolo, págs. 17, 18).

Con un mensaje para «ver y escuchar»

Sin restarle importancia a la presencia y al testimonio, también hay que reafirmar que la fe llega por el anuncio claro e inequívoco de Jesucristo. El mensaje cristiano siempre se ha de poder «ver y escuchar» (cf. Mt 11, 4). Por eso el beato Juan Pablo II pedía a los creyentes de hoy no sólo «hablar de Cristo, sino en cierto modo hacerlo ver» (NMI 16). Por eso hay que insistir: «No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios» (EN 22). Es más, «el anuncio de Jesucristo es el primer acto de caridad hacia el hombre, más allá de cualquier gesto de generosa solidaridad» (JUAN PABLO II, Mensaje para las migraciones del año 2001).

Hechos y palabras, en efecto, constituyen el binomio imprescindible de la evangelización. «La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras» (NMI 50). Esta dimensión confesante de la fe, en su doble dimensión de testimonio y anuncio explícito, es hoy especialmente necesaria en la pastoral misionera, «pues la misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros» (RMi 11). Así lo recuerda también Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* 24: «El que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad, la prueba de toque de la evangelización: es imposible que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia».

Con el consejo de los santos

Este, que acabo de describir, ha de ser el clima que necesita la fe inicial para nacer sana y abierta a la acción catecumenal. Para darle un poco de más concreción, nos vendrá muy bien también a nosotros el consejo de **san Francisco de Asís** al hermano Tancredo: «Mira, evangelizar a un hombre es decirle: Tú también eres amado de Dios en el Señor Jesús, y no sólo decirselo, sino pensarlo realmente. Y no sólo pensarlo, sino portarse con este hombre de tal manera que sienta y descubra que hay en él algo de salvado, algo más grande y más noble de lo que él pensaba... Y eso no podemos hacerlo más que ofreciéndole nuestra amistad; una amistad real, desinteresada, hecha de confianza y de estima profundas. Es preciso ir hacia los hombres... Es preciso, sobre todo, que al ir hacia ellos no les parezcamos como una nueva especie de competidores. Debemos ser en medio de ellos testigos pacíficos del Todopoderoso, hombres sin avaricias y sin desprecios, capaces de hacerse realmente sus amigos. Es nuestra amistad lo que ellos esperan, una amistad que les haga sentir que son amados de Dios y salvados en Jesucristo» (ÉLOI LECLERC, *Sabiduría de un pobre*, capítulo 12).

III. En el punto de partida de la fe inicial

En la Palabra que se hace fe en el creyente

Tras esta introducción referida a la fe en sus orígenes (la vida trinitaria reflejada en la Iglesia), hemos de entrar ahora en **la propuesta de la fe inicial**, en la chispa que enciende el fuego de la fe. Nos toca ahora entrar en la Palabra que se hace fe; en la Palabra que es Persona, al tiempo que contenido; en el encuentro personal que sucede en la profesión de la fe en su mismo germinar. Sólo en la acogida de esa Palabra hecha carne brota la fe.

Lo hacemos acercándonos a lo que sucedía con el *kerygma* en los orígenes apostólicos. La predicación, en boca de los apóstoles, es una clara y directa proclamación de que Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, que ofrece la salvación a todos los hombres, como don de gracia y de misericordia (cf. EN 27-27).

Esa presentación de fe **sencilla y primaria**, es decir, el *kerygma*, la Iglesia la hace en sus orígenes en **diversos lenguajes**: como **confesión de fe**, como **himno** o como **relato**. Y si lo hace de diversos modos es porque la semilla de la Palabra se echa sobre el terreno de la diversidad de culturas y en una tierra que está en las más diversas situaciones, y eso exige el respeto sabio y creativo de una doble fidelidad: al mensaje, que es Cristo, «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8) y al mundo con sus exigencias concretas. Porque el Evangelio que se anuncia ha de ser inculturado inteligentemente y genialmente expresado; naturalmente con la genialidad del Espíritu.

Con noticia concreta y puntal de un acontecimiento histórico

En efecto, la propuesta del primer anuncio no se presenta como una palabra abstracta, sino como la noticia puntual y concreta de un acontecimiento histórico, un acontecimiento acaecido a Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, que ocurrió en un lugar particular y en un tiempo también particular de la historia. Por eso, en la propuesta del primer anuncio se ha de poner de relieve la dimensión histórica de la fe cristiana; pues la fe se hace proximidad por Jesucristo. Los discípulos llegan a la fe por la manifestación del Resucitado, por su saludo, por su llamada, es decir, por el don de su proximidad y de su compañía. La fe es entregarse al Resucitado. De ahí que también hoy el primer anuncio reclama el gesto y las palabras con las que los primeros cristianos proclamaban el evangelio de la Pascua, la resurrección de Cristo. Por eso se puede decir que el *kerygma* es siempre un encuentro que se convierte en anuncio y un anuncio que lleva a un encuentro.

La fe proviene de la escucha

La fe nace por el *kerygma*, el primer anuncio, de ahí que ha de ser propuesta. En el libro *Introducción al cristianismo*, el cardenal Ratzinger dice: «En la fórmula “la fe proviene de la escucha” se enfoca claramente la distinción fundamental entre fe y filosofía...en la fe, la palabra tiene precedencia sobre el pensamiento...la fe se acerca siempre al hombre desde el exterior...no es un elemento pensado por el sujeto, sino a él dicho, que le llega interpelándole y comprometiéndole». La fe viene por tanto de la es-

cucha de la predicación. Hay quien ha dicho que la fe que nace del anuncio es «como la estela de un navío –diría Péguy– va ampliándose hasta desaparecer y perderse, pero comienza con una punta que es la punta misma del navío, así la predicación de la Iglesia va ampliándose, hasta constituir un inmenso edificio doctrinal, pero comienza con una punta y esta punta es el *kerygma*: ¡Jesús es el Señor! Por lo tanto, aquello que en la predicación de Jesús era la exclamación: ¡Ha llegado el reino de Dios!, en la predicación de los apóstoles es la exclamación: ¡Jesús es el Señor!». (RANIERO CANTALAMESSA, Primera predicación de Adviento a la Casa Pontificia en diciembre de 2005).

El contenido que despierta la fe inicial

Es, por tanto, imprescindible entrar en el contenido del primer anuncio, el que despierta la fe inicial. Y lo hacemos, como no puede ser de otro modo, desde la ejemplaridad de las expresiones de la fe pascual de los apóstoles. Pero, al hacerlo, somos conscientes de que el esquema de la propuesta de la fe es el mismo ayer y hoy. Siendo el evangelio de la pascua un episodio que le sucedió sólo a algunos, es también un encuentro actual con el Resucitado que vive en la Iglesia. El anuncio originario es hoy accesible a todo hombre y mujer que se deja conducir al encuentro con Cristo por el testimonio de la Iglesia. Lo encontramos en la Palabra de Dios, que se hace confesión y anuncio: *Hch* 2, 14, 39; *Hch* 3, 12-26; *Hch* 4, 9-12; *Hch* 5, 29-32; *Hch* 10, 34-43; *Hch* 13, 16-41; *1Cor* 15, 3-5).

«Ha sido resucitado» (*eghèrthe*)

Todo comienza con el anuncio de un acontecimiento increíble: **Jesús de Nazaret, el crucificado, es resucitado**. Se puede decir que la primera fórmula de la fe se reduce a unas breves palabras que encierran un amor infinito: «ha sido resucitado» (*eghèrthe*). Se trata de un dato objetivo, no subjetivo, que o se acepta o se rechaza, ante él no hay posiciones intermedias. Este dato es **la minúscula semilla** de todo el precioso y frondoso árbol que ha florecido en los siglos venideros. **Ha resucitado** es la noticia que, a partir del tercer día, los apóstoles van a proclamar «hasta los confines del mundo» (cf. *Rm* 10, 18).

Ha resucitado de entre los muertos

La fórmula primera, la explosiva, fue poco a poco enriquecida con algunas apreciaciones necesarias que apoyan y enriquecen el primero y

definitivo mensaje: «Ha resucitado de entre los muertos» (Jn 2, 22; Rm 6, 4). Muerte y resurrección son dos fases del misterio cristiano. Con esta fórmula se pretende afirmar la verdad de la muerte de Jesucristo, frente a posibles suposiciones de muerte aparente o de interpretaciones míticas de la resurrección. Un signo externo es el sepulcro vacío: «ha resucitado, no está aquí» (Mc 16, 6); «no está aquí, pero ha resucitado» (Lc 24, 6). Y si ha sido resucitado de ente los muertos (cf. Rm 10, 7), eso significa que **está vivo**; verdaderamente, realmente vivo. El que cree, anuncia, sabe y confiesa que Cristo está vivo, cuenta con Jesús entre los vivos.

«Ha resucitado, como había dicho» (Mt 28, 6)

Se trata de otro enriquecimiento del *kerygma*. Mateo recuerda la afirmación sobre Jesús a propósito de las acusaciones de los Sumos Sacerdotes y fariseos: «Hemos recordado que ese impostor dijo mientras estaba vivo: después de tres días resucitaré» (Mt 27, 63). Esta aclaración del *kerygma* es importante porque nos hace tomar conciencia de que el Resucitado es el mismo que predicó en las ciudades y en las aldeas de Palestina. Por eso los testigos del hecho inesperado del domingo de Pascua pueden dar testimonio de las palabras que le oyeron («como había dicho»). «He resucitado como había dicho» (Mt 28, 6). Este dato pone de relieve que los apóstoles y María Magdalena en la jornada del viernes santo, pueden haber perdido la confianza y la esperanza, pero no habían perdido en modo alguno la memoria. Se convierten en anunciadores de la fe pascual los mismos que vivieron por mucho tiempo junto a Jesús diariamente su existencia terrena y sus fatigas. El que es acogido como Resucitado es el mismo que es recordado y seguido como Maestro.

Ha resucitado para nuestra justificación

En efecto, la resurrección de Jesucristo comporta para la humanidad consecuencias decisivas y transformadoras. Comporta la respuesta a nuestros principales enigmas humanos. «Ha muerto por nuestros pecados y ha sido resucitado para nuestra salvación» (Rm 4, 25). Con esta fórmula de confesión de fe, los primeros cristianos estaban convencidos de que la muerte y la resurrección nos afecta muy de cerca, nos toca muy directamente. Saben que nuestras culpas y nuestra salvación son el motivo de la aventura pascual de Jesús.

Jesús es *Kýrios* (Señor)

La acogida del Señorío de Jesús Resucitado es condición indispensable para acceder a la «vida de salvación» que la Iglesia apostólica ofrecía como «buena noticia». La palabra «Señor», «*Kýrios*», en los tiempos apostólicos es casi comprensiva de toda la fe cristiana, de tal modo que abrirse al *Kýrios* significa abrirse a todo el plan de redención centrado en la muerte y resurrección de Jesucristo. Es como la **fórmula sintética de todo el Evangelio**: «Toda lengua proclame que Jesús es el Señor» (*Flp* 2, 11).

Jesús es el Cristo (*krístós*).

«Jesús es el Cristo» es una fórmula que en la predicación apostólica se utiliza junto a «Jesús es el Señor». La primera comunidad sabía muy bien que este título ya se le había atribuido a Cristo en su vida terrena. Es por eso que la comunidad de discípulos que se reúne después de Pentecostés no tiene ninguna duda en acoger y predicar la dignidad mesiánica de Jesús como parte integrante de la dignidad de su Maestro. Así los testificaron los *Hechos*: «Cada día en el templo y en casa no cesaban de enseñar y llevar el alegre mensaje de que Jesús es el Cristo» (*Hch* 5, 12). Y esta confesión de fe en Jesucristo no sólo forma parte del anuncio del *kerygma* a los judíos, sino que también su uso se dilata a las comunidades de los gentiles: en Antioquia «por primera vez se les llama cristianos, seguidores de Cristo» (*Hch* 11, 26). Es así como Cristo (Mesías) asume un significado nuevo y más amplio: es Aquel que Dios ha mandado como respuesta y cumplimiento de todas las búsquedas humanas, con independencia de su pertenencia étnica o de su condición política y social.

A partir de la pregunta sobre Dios

Concluyo este capítulo recordando que la **propuesta que reclama la confesión de fe inicial** parte en su recorrido de la eternidad divina, entra en la trama de la vida humana en Jesucristo, y promete llevarnos, en el Espíritu, a la vida eterna. Todo en la propuesta inicial pasa por Jesucristo, pero a sus espaldas está el Padre y su plan de Salvación, en el Espíritu. La fe inicial se sitúa, por tanto, en el universo trinitario. No obstante, el evangelizador ha de saber situar esta presencia precedente de la Trinidad en la situación del evangelizado. Hoy se nos recuerda de un modo especial que la propuesta de la fe no ha de dejarse atrás la pregunta sobre Dios. Esa es «**la cuestión de las cuestiones**». El papa Benedicto XVI así lo ha reconocido en múltiples ocasiones. Eligiendo una, recuerdo lo que dije en

Santiago de Compostela: «¿Cuál es la aportación específica y fundamental de la Iglesia a Europa?». A lo que contesta: «Su aportación se centra en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Dios existe y que es el quien nos ha dado la vida».

En efecto, para evangelizar hay que partir de la noticia de las noticias: **el amor de Dios por el hombre**. Especialmente en la nueva evangelización todo tiene que «recomenzar desde Dios». Así lo señala también *Evangelii Nuntiandi*, el documento que diseña la evangelización en el mundo contemporáneo: «Evangelizar es dar testimonio de que Dios ha amado al mundo en su Hijo Jesucristo». El hombre de hoy necesita a Dios. «Tengo la clara impresión de que incluso desde posiciones radicalmente lejanas llega a la Iglesia una sincera petición: que vuelva a hablar de lo sustancial de su mensaje, que vuelva, en definitiva, a hablar de Dios» (CARDENAL RAVASI, *30 Giorni*, nn. 3-4, 2012). Pero insisto, la cuestión de Dios ha de saber decir: **Dios te ama**. Como dice san Juan de Ávila: «**Sepan todos que nuestro Dios es amor**».

IV. La fe inicial: en los instantes iniciales de la vida eterna

Un encuentro vivo con Jesucristo

Tras esta preparación hemos de entrar ya con asombro y veneración en la pequeñez de la semilla en la que se produce el siempre maravilloso estallido de la fe inicial, una vez que ha sido sembrada en el corazón humano. En la medida de lo posible, queremos saber que está sucediendo en los instantes iniciales de la vida eterna; porque en el encuentro con Cristo comienza la vida eterna. «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (*Jn 17, 3*). Pues bien, el anuncio originario contiene desde el principio y en su misma esencia una llamada a la conversión. Para los primeros cristianos, y así ha de ser siempre, el encuentro con el Resucitado, con el Viviente es en sí una llamada a la conversión de la vida precedente para llegar, con la fe, a una nueva forma de existencia. En efecto, «hablar de primer acto de fe es sinónimo de gran conversión» (X. MORLANS, *El Primer anuncio. El eslabón perdido*, pág. 90).

Cuando hablamos de conversión estamos hablando de algo tan profundo, esencial y bello como entrar en el descubrimiento del amor de Dios, pues sólo desde él la conversión recorre el largo camino que le espera. «El elemento más profundo del cristianismo es el amor de Dios por la tierra. También otras religiones saben que Dios está en su reino de los cielos. Pero que haya querido ser pobre junto a sus criaturas, que haya querido sufrir,

es más, que haya sufrido en el cielo por su tierra y que haciéndose hombre haya tenido la posibilidad de demostrar su amor por sus criaturas, esto es hasta ahora inaudito» (Hans Urs von Balthasar).

Para un cambio radical de vida

Por tanto, conversión es el nombre que damos al encuentro alegre y decisivo con Cristo; encuentro que lleva a un cambio radical de vida. Se trata de un cambio total en el juicio, en la interpretación, en la valoración de las cosas. Y también se produce un cambio total en el hacer: en el uso de la libertad, en la voluntad, en las intenciones, en la búsqueda de la propia felicidad, en el eje en torno al cual va a girar la vida. Y eso sucede como consecuencia del encuentro con una Persona con la que se establece una relación totalmente singular, con la persona de Jesucristo. Se trata de un encuentro con Alguien que hace ver el esplendor de la verdad y hace gustar, en la fuente del bien, el significado de la vida.

La conversión no es, por tanto, el resultado de un razonamiento o de una indefinida o intensa emoción espiritual: es el incorporarse a la persona viva que es Cristo y quedar totalmente fascinado por él. Se trata de encontrarse con él, hasta el punto de no ser ya uno mismo sino que se es en Cristo Jesús, en quien se vive desde ese momento (cf. *Gal 2, 20a*). «La conversión “inicial” lleva consigo la adhesión a Jesucristo y la voluntad de caminar en su seguimiento. Sobre esta “opción fundamental” descansa toda la vida cristiana del discípulo del Señor» (DGC 56b).

Un ser humano nuevo que se conoce a sí mismo

Esa nueva vida hace del creyente un ser humano nuevo. Es más, la vida en Cristo le revela su propia identidad. «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado». La fe inicial lleva a descubrir que el encuentro con Dios valora, perfecciona y eleva cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en el hombre. Mientras Dios se revela y se deja conocer, el hombre llega a saber quién es Dios, y conociéndole se descubre a sí mismo, su propio origen, su destino, la grandeza y la dignidad de la vida humana. «La fe es un don de Dios, pero también es un acto profundamente humano y libre. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo dice claramente: «Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre (n. 154)». (BENEDICTO XVI, Audiencia general del 24 de octubre de 2012).

Por eso, en la mediación del *kerygma* son siempre bienvenidas las preguntas que llevan a la búsqueda de sentido, al conocimiento más profundo de sí mismo, a encontrar luz para el destino de la vida o para fortalecer las responsabilidades hacia los demás. Se puede decir que la fe inicial «plasma ya la vida», al menos en sus ingredientes esenciales: abre al acto de fe público y, sobre todo, abre a la caridad; pues la fe actúa por el amor siempre y sin prórrogas (cf. *Ga* 5,6). «Germinalmente, la aceptación de Jesús resucitado en el corazón es el embrión de un cambio de vida que lleva al amor a los hermanos y el perdón a los enemigos. Y lo mismo podríamos decir de las demás formas o aspectos de la fe» (X. MORLANS, *El primer anuncio. Un eslabón perdido*, pág. 93). Y, además, el encuentro con Jesucristo es siempre un motivo de gozo. La cercanía del amor de Dios que anuncia el *kerygma*, sólo puede producir alegría. Se puede decir que una característica fundamental del contenido y la vivencia del primer anuncio es que es un alegre mensaje para una fe que florece en la alegría. Como recuerda Benedicto XVI en la audiencia general del 28 de noviembre de 2012: «La comunicación de la fe siempre debe tener un tono de alegría. Es la alegría de la Pascua».

El acto de fe inicial, el comienzo de una fe de calidad

Sé que estoy hablando de fe inicial, pero eso no significa una fe menor, una fe sin calidad; al contrario, en muchos convertidos la fe irradia con mayor frescura y fuerza e incluso aparece con una más brillante luminosidad. Pues bien, con todas las rebajas que se le quieran hacer, esos reflejos que alcanzarán madurez en el desarrollo de la fe, ya han de empezar a apuntar en la fe inicial. Por eso, y tras esta observación, la fe inicial bien podría ser descrita tal y como la ha presentado recientemente Benedicto XVI: «¿Qué es, por lo tanto, el acto de fe? Es la respuesta del hombre a la Revelación de Dios, que se da a conocer, que manifiesta su designio de benevolencia; es, por usar una expresión agustiniana, dejarse aferrar por la Verdad que es Dios, una Verdad que es Amor. Por ello san Pablo subraya cómo a Dios, que ha revelado su misterio, se debe «la obediencia de la fe» (*Rm* 16, 26; cf. 1, 5; 2 *Co* 10, 5-6), la actitud con la cual «el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela» (*Dei Verbum*, 5). Todo esto conduce a un cambio fundamental del modo de relacionarse con toda la realidad; todo se ve bajo una nueva luz, se trata por lo tanto de una verdadera «conversión». Fe es un «cambio de mentalidad», porque el Dios que se ha revelado en Cristo y ha dado a conocer su designio de amor, nos aferra, nos atrae a Sí, se convierte en el sentido que sostiene la vida, la roca sobre la que la vida puede encontrar estabilidad» (BENEDICTO XVI, Audiencia general del 5 de diciembre de 2012).

Los contenidos de la fe inicial

Como síntesis de lo expuesto hasta ahora sobre la fe inicial, la fe del engendramiento, recojo la propuesta del Cardenal Ratzinger sobre los contenidos esenciales de la fe inicial en la nueva evangelización, propuestos en su intervención en el Jubileo del año 2000 para los catequistas y profesores de religión (10 de diciembre del 2000). Sobre ellos se apoya el acto de fe y, si alguno de ellos no se consolida, es difícil de garantizar un desarrollo íntegro y fiel de la fe, del árbol de la fe.

- **La conversión.** «Convertíos y creed en el Evangelio». Este es el grito de Juan el Bautista, esa fue la llamada de Jesús al comienzo de su misión, esa fue la propuesta de la Iglesia en sus orígenes y este es hoy el lema de la evangelización.
- **El Reino de Dios.** La palabra clave del anuncio de Jesús es el Reino de Dios. El Reino de Dios no es una cosa, una estructura, ni siquiera una utopía. El Reino de Dios es Dios. Dios que está presente y actúa en nuestra vida. Dios es la realidad más presente y decisiva en cada acto de mi vida, en cada momento de la historia. Por eso la evangelización ante todo tiene que hablar de Dios, anunciar el único Dios verdadero. Anunciar es poner al otro ante el misterio.
- **Jesucristo.** Cristo es el Dios con nosotros, es la concreción del «Yo soy». La evangelización ha de ofrecer el seguimiento de Cristo como un camino para la vida. La secuela de Cristo es participación en su cruz y su resurrección, es unirse a su amor, a la creación de nueva vida. El misterio pascual es el lugar en el que nace el hombre nuevo.
- **La vida eterna.** El anuncio del Reino de Dios es anuncio del Dios presente, del Dios que nos conoce y nos escucha, del Dios que entra en la historia para hacer justicia. La evangelización ha de recordar que el hombre no puede hacer o no hace lo que quiere, sino que será juzgado. Dios, en efecto, hace justicia y sólo Él puede hacerla. De ahí la conexión del Reino de Dios con los pobres. Estos están protegidos por la certeza del Reino, por la certeza de que hay justicia. Las injusticias del mundo no son la última palabra de la historia. Hay justicia. Sólo creyendo en el justo juicio de Dios, sólo teniendo hambre y sed de justicia (cf. Mt 5, 6) abrimos nuestro corazón y nuestra vida a la misericordia divina. No es verdad que la fe en la vida eterna hace insignificante la vida terrestre. Sólo si la medida de nuestra vida es la eternidad, también esta vida sobre la



tierra es grande y su valor inmenso. Dios es quien garantiza nuestra grandeza aquí en la tierra y en la vida eterna.

La autenticidad del acto de fe

Para una confesión de fe con garantías de calidad, hemos de cuidar la autenticidad del acto de fe desde su mismo origen, pues de la fe inicial va a depender todo el proceso catecumenal. En una bella imagen de la fe se dice que «creer significa estar al borde del abismo oscuro y escuchar una voz que grita: “tírate, te recogeré en mis brazos”» (Soren Kierkegaard). En efecto, la fe inicial es entrar en la aventura amorosa de Dios que nos recibe en sus brazos. Por eso, en el acto de fe es indispensable reconocer que es la gracia la que crea la fe (cf. PF 10). Sólo podemos empezar a decir «creo» o «creemos» desde su impulso. «El creyente es el que ofrece su propio cuerpo, pone a disposición lo concreto de la condición humana para que actúe y resplandezca en ella la gracia del Señor» (Cardenal Georges Cottier, OP.).

En el acto de fe inicial el hombre entero queda afectado en el encuentro personal con Cristo. La adhesión a Jesucristo es de toda la persona, de toda la vida: entran en juego todas las facultades: **es acto cognitivo**, fruto de la inteligencia; la **aportación de la voluntad** (la libertad) es decisiva, pues cree aquel que decide creer, someter su voluntad a Cristo, a su Evangelio; **es amor**, inclinación del corazón. El acto de fe, abarca, como es sabido, a toda la persona: **memoria, entendimiento y voluntad**. El que confiesa la fe realiza un acto intelectual y verbal en el que se compromete con Dios, en el sentido de vivir una relación personal, una relación de absoluta confianza y amor.

Es verdad que, por ser una fe inicial, la primera fe no es toda la fe (cf. X. MORLANS, *El primer anuncio. El eslabón perdido*, pág. 91). Sin embargo, la fe inicial, por ser un acto de confianza radical en el amor de Dios, en la persona de Jesucristo, ya lleva en sí todos los componentes del acto de fe y, por tanto, ya requiere incluso una adhesión intelectual. Como decía el cardenal John Henry Newman: «¿Qué hace el espíritu humano cuando realiza un acto de fe? Distingue dos actitudes: por una parte, la adhesión a lo verdadero, es decir, el asentimiento nocional. Por otra parte, está la adhesión a lo verdadero en cuanto éste alcanza la experiencia vital y concreta del individuo: es el asentimiento real. El dogma imprime en la inteligencia del creyente el significado y la dirección de su ser hacia Dios». Por eso contaba de sí mismo: «Desde la edad de quince años el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No puedo hacerme la idea de otro tipo de religión; la religión entendida como sentimiento para mí es un sueño, es una

cosa de risa. Así sería el amor filial sin la existencia de un padre, así sería la piedad sin la existencia de un ser absoluto».

Desde el origen mismo del acto de fe

En realidad la fe es ponerse en camino para encontrar a Aquel al que no buscaríamos si no hubiera ya venido (cf. San Agustín). Una vez que nos encontramos con Él, a partir de la fe inicial, comenzamos un camino en el que somos llevados de la mano a lo largo de todo el recorrido y hasta la meta. En ese caminar, el creyente saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de esa mano amorosa que nos lleva y nos protege (cf. PF 9). Por eso hay quien ha dicho que la fe se parece a una linterna que llevamos en la mano y se mueve con nosotros, iluminando el breve tramo del camino que tenemos por delante. En efecto, la fe es una lámpara encendida que se lleva en la mano entre la lluvia y el viento en una noche de invierno: es la lámpara de la Palabra que alumbró el primer destello de la luz de la fe. En la fe «se hace camino al andar», como dice nuestro poeta Machado. «La fe sólo crece y se fortalece creyendo» (PF 7). Pero todo empieza por un titubeante primer paso y, sin él, no puede haber ninguno más. Por eso es tan importante cuidar la incipiente experiencia que se alumbra en el corazón humano al escuchar y acoger el primer anuncio.

Un reto para la fe: una viva pertenencia eclesial.

Y concluyo volviendo de nuevo a la fe de la Iglesia, a la «masa» de la fe de la Iglesia en la que nace la fe inicial. Porque, como recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «“Creer” es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes. “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre” (San Cipriano)» (CCE 181). Por lo tanto la fe nace en la Iglesia, conduce a ella y vive en ella. Es por eso que la meta eclesial de la fe ya ha de ser apuntada, también explícitamente, en el primer anuncio. Para el evangelizado se ha de convertir en un horizonte participar en la vida de la Iglesia. De hecho el «simpatizante» ha de pasar por el rito de entrada en el Catecumenado que le ofrece la Iglesia hasta conducirlo al Bautismo, que introduce en la vida de la comunidad cristiana.

Un sencillo esfuerzo de concreción

Como seguramente me pedís algo de concreción, simplemente voy a sugerir algunos contenidos que se podrían utilizar en esta fase del proce-

so catecumenal. Estoy seguro de que los que os voy a presentar son muy matizables y se pueden completar. Los presento sólo par que sirvan de referencia en la que concretar lo que acabo de exponeros. ¿Qué hay que cuidar en el embrión de la fe inicial?

- A. Hay que apuntar a la meta del camino: conocer la verdad, vivir en la verdad y caminar en la verdad, que es Jesucristo.
- B. Hay que desbloquear el camino al Señor que llega a la vida y dejar que venga a salvarnos.
- C. Hay que descubrirse como buscadores de Dios en este mundo y en este tiempo.
- D. Hay que situar preguntas sobre el sentido de la vida.
- E. Hay que atisbar la alegría en el encuentro con Cristo y situar en la fe la felicidad deseada.
- F. Hay que situar en la pregunta sobre Dios y abrir a su búsqueda, hacer conscientes de que Él ya está en el corazón humano.
- G. Hay que descubrir que somos capaces de conocer y amar a Dios.
- H. Hay que encontrar y purificar el rostro de Dios, descubriéndolo en Jesucristo. Hay que echar una mirada al mundo para aprender a verlo desde Dios.
- I. Hay que aceptar sinceramente l la situación de su fe, con sus carencias, para abrirse dócilmente a la ayuda de Dios y de la Iglesia.
- J. Hay que reconocer la maternidad de la Iglesia. «Nadie puede tener a Dios por Padre, si no tiene a la Iglesia por madre» (San Cipriano).

Apuntes para un rostro de la fe inicial

Como resumen, os ofrezco algunos rasgos de la fe, según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, y recogidos en el *Youcat*:

- La fe es un puro don de Dios, que recibimos, si lo pedimos ardentemente.
- La fe es la fuerza sobrenatural que nos es necesaria para obtener la salvación.
- La fe es un acto humano, que exige la voluntad libre y el entendimiento lúcido del hombre cuando acepta la invitación divina.
- La fe es absolutamente cierta, porque tiene la garantía de Jesús.

- La fe es incompleta mientras no sea efectiva en el amor.
- La fe aumenta si escuchamos con más atención la voz de Dios y mediante la oración estamos en un intercambio vivo con él.
- La fe nos permite ya ahora gustar por adelantado la alegría del cielo.

La fe inicial siempre protagonista en el proceso catecumenal

Concluyo con una confesión: no estoy seguro del todo de que lo que acabo de exponerles, sea lo que realmente se me pedía con el título que me dieron para mi intervención. Si he respondido a las expectativas, ahí queda y espero que les sea útil en la preciosa tarea de acompañar discreta y humildemente el andar de Dios junto al hombre y la mujer creyente en los primeros pasos de la fe. Si no era esto lo que esperaban, no lo desechen, pues estoy seguro de que en algún momento de proceso catecumenal les va a ser útil; porque lo que sí está claro es que la propuesta de la fe, en una pastoral de nueva evangelización, no se agota en el momento inicial. La pastoral de la fe necesita un volver a empezar continuo. Incluso, si miramos a nosotros mismos, ¿quién no está necesitado de volver a la novedad, la verdad, la alegría y la belleza de la fe inicial? Este puede ser un buen propósito para la cuaresma que comienza pasado mañana.

Madrid, 11 de febrero de 2013
Ponencia en el IX Encuentro de Delegados y
Responsables diocesanos para el Catecumenado